

# La mano, la Tierra: Una interpretación de dos duelos en el último Heidegger

Diego Parente

## 1. Aproximación

Hablar de Martin Heidegger como “filósofo de la técnica” implica caer en un reduccionismo similar al cometido si pensamos a Kant exclusivamente como gnoseólogo: en su obra, la técnica aparece sumergida en el contexto de una teoría abarcativa que le asigna un particular significado, así como no puede pensarse la *Crítica de la razón pura* sin las otras críticas con las que se complementa. El propio Heidegger se habría opuesto sonoramente a esa clasificación.

En su idiolecto, la pregunta por la técnica pertenece a una dimensión más amplia, más originaria, que aquella presupuesta por la noción clásica e instrumental de técnica. La primera tarea en el trayecto que insume pensar a la técnica consiste en dejar atrás un “pensamiento técnico” sobre ella, es decir, un pensar que la conciba como mero instrumento<sup>1</sup>. Para Heidegger, la técnica no es ambivalente ni ambigua. No puede serlo, en la medida que sostener tal cosa implicaría pensarla –otra vez- como *instrumentum*, como *medium* en buenas o malas manos.

La obra más famosa de Heidegger es, con respecto al problema de la técnica, solamente un prólogo, un prefacio. La constitución de lo técnico en *Sein und Zeit* se da en los márgenes. Se presenta en citas laterales o comentarios que exceden al tópico fundamental que mueve a aquella obra. En todo caso, solamente cuando la crítica a la metafísica se une con una reflexión sobre lo social es cuando surge la preocupación por la técnica que

---

<sup>1</sup> Ver, especialmente, HEIDEGGER, Martin, “Die Frage nach der Technik”, en *Vorträge und Aufsätze*, Stuttgart: Neske, 1994 (Versión castellana: “La pregunta por la técnica”, trad. Oscar Terán, revista *ESPACIOS*, Puebla, 1982).

caracteriza a su obra de los años cincuenta. Esta relación entre el “olvido del ser” y el imperar de la técnica en Occidente es lo que profundiza en su segundo período.

Ahora bien, ¿por qué hablar aquí de duelo si el tema al que pretendo referirme es la técnica, *die Technik*, esa palabra que Heidegger siempre opuso a la connotación neutral de su hermana anglosajona, la *Technology*? Hay algunas buenas razones para hablar de dos duelos, o quizá de uno solo.

## 2. Pérdida de la mano, pérdida de la Tierra

Heidegger —como Adorno y Benjamin, como Horkheimer y Spengler— se encuentra consternado frente a las transformaciones acontecidas en el mundo de la cultura de masas. Sólo que —a diferencia de los anteriores pensadores— interpreta dicho proceso en relación al ser, o más bien, en relación al “olvido del ser”. Heidegger lateraliza ese objeto de interpretación, o directamente lo niega cuando en *Sein und Zeit* rechaza todo espacio para una “filosofía de la cultura” de tono moralizante. Sin embargo, ese tono no llega a ser evitado completamente.

El carácter de “diagnóstico de una época” se comienza a dibujar en los años 30 (por ejemplo, en textos como “La autoafirmación de la universidad alemana”, o en “Europa y la filosofía alemana”) y adquiere una forma ya explícita en sus escritos de los años 50. En estos últimos trabajos, Heidegger atestigua y —a la vez— anuncia un mundo desquiciado, un planeta cuyos criterios han sido trastocados por la técnica, especialmente por aquellas asociadas al transporte y la comunicación. En esta doble raíz enunciativa del atestiguar y del anunciar, de la descripción y la advertencia simultáneas, reside su originalidad y su fuerza retórica<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> HEIDEGGER, Martin, “La autoafirmación de la universidad alemana”, en *Escritos sobre la Universidad alemana*, trad. Ramón Rodríguez, Madrid: Tecnos, 1989.

<sup>3</sup> Esta doble raíz enunciativa es la que caracteriza también a buena parte de los relatos distópicos sobre la tecnología. Piénsese, por ejemplo, en el retrato social y la profecía que vertebran distopías como *1984*, *Brave New World* y *Fahrenheit 451*, o bien films como *Alphaville* (Jean-Luc Godard, 1965), *Brazil* (Terry Gilliam, 1985) o *Videodrome* (David Cronenberg, 1983).

Entre testimonio y profecía, la lista de casos conflictivos señalados por Heidegger es interminable, de modo que me limitaré a tomar dos ejemplos de desquiciamiento que resultan particularmente significativos: la máquina de escribir y la fotografía de la Tierra.

## 2.1. La *typewriter* y la fotografía de la Tierra

Pérdida de la mano, pérdida de la Tierra: dos duelos que, en realidad, son sólo uno. Tal vez debamos recurrir aquí a otras palabras: *identidad, unidad*. Identidad del humano mediante su firma; identidad del hombre con respecto a la tierra que reconoce como propia. Unidad de la conciencia con la extensión corporal –la mano– que anima (en el sentido latino) a la escritura. Unidad del humano con la naturaleza por medio del trabajo manual. ¿Qué enlaza a estas dos pérdidas? ¿Qué trasfondo técnico común las produce?

La fascinación de Heidegger frente a la máquina de escribir es parecida a la del protagonista de *Naked Luch* (David Cronenberg 1991) frente a esos fantásticos teclado-insectos devoradores que lo acechan incesantemente. Heidegger declara su desconfianza frente a la máquina de escribir, a la vez que fundamenta su decisión de no utilizarla. De hecho, hasta el final de su vida siguió escribiendo a mano en papel y se negó siempre a utilizar la máquina, artefacto vulgar e impuro en tanto borra el trazo propio, natural, disuelve la identidad del yo escribiente.

Destacaba, en este sentido, el trazo humanizado de la carta escrita a mano frente al des-humanizado escribir a máquina. La mecanización de la escritura destruye la dignidad de la mano y termina transformando a la palabra en una simple pieza funcional de la comunicación (esta funcionalidad es precisamente aquella "vulgaridad" de la que intenta escapar el poeta). En el escribir mecanizado, se disuelve el trazo irreplicable del escribir manual, huella de la subjetividad y antigua garantía de una cierta "autenticidad". El lenguaje queda reducido, entonces, a *instrumento* de comunicación, lo que a su vez hace "más técnico" al hombre (la cibernética es el ejemplo paradigmático de esta mirada devenida 'ciencia', en la medida en que piensa al lenguaje exclusivamente como medio de inter-

cambio de mensajes). Sin querer, Heidegger nos remite a otro duelo: la pérdida siniestra de la mano del artesano, ahora devenido obrero, mecanismo para-la-máquina.

Quizá esta actitud heideggeriana sea analogable al miedo socrático frente a la escritura como forma de comunicación. Por lo tanto, resulta históricamente comprensible por las mismas razones: ambos pensadores atraviesan un período histórico de crisis y de metamorfosis cognitivas. De todos modos, ninguno de los dos temores es racionalmente justificable como argumento teórico.

El segundo caso está relacionado con una *dis-locación*, antes que con un desquiciamiento. En una entrevista con el *Spiegel*<sup>4</sup> realizada en 1966, Heidegger confiesa su sensación de espanto al ver la fotografía de la Tierra tomada desde la Luna. Este hecho, paradójicamente, muestra que el hombre ha perdido la dimensión y la significación del propio lugar que habita. El abandono del territorio en el que se reside, la dis-locación, no es un abandono más. Esa fotografía no es un indicio del desarraigo: es su misma síntesis, su explicitación. Sostiene Heidegger: “Donde el hombre vive ya no es la Tierra”<sup>5</sup>.

Esa posibilidad, efectivizada a partir de los viajes espaciales, constituye el mayor desarraigo posible en la historia de la humanidad. En su expedición a la luna, los astronautas alcanzarán –sin saberlo– una perspectiva imposible. ¿Qué forma de desarraigo podría ser más perfecta que aquella sintetizada en el hecho de que el hombre ya no tiene los pies sobre la tierra?

### 3. Un criterio confuso

Esta interpretación habría sido distinta, sin dudas, si Heidegger hubiera expresado explícitamente el carácter anti-natural de tal o cual técnica. Lo cierto es que nada de eso sucede. Curiosamente, en cada uno de los textos

---

<sup>4</sup> HEIDEGGER, Martin, “Entrevista del *Spiegel*”, en *Escritos sobre la Universidad alemana*, trad. Ramón Rodríguez, Madrid: Tecnos, 1989.

<sup>5</sup> HEIDEGGER, Martin, “Entrevista del *Spiegel*”, en *Escritos sobre la Universidad alemana*, ed. cit.

citados, consigue eludir nociones tales como “artificial”, “natural”, “antinatural”, “adecuado a lo humano” o “inadecuado a lo humano”, etc. Heidegger prescinde completamente de ese vocabulario -que, a su vez, pertenece a la tradición filosófica moderna de la que pretende despegarse-.

Más allá de esta omisión, los dos temores heideggerianos anteriormente citados presuponen una idea contradictoria: no todas las técnicas poseerían el mismo grado de “artificialidad”. Cuando Heidegger pasa por alto los procedimientos del campesino o los implícitos en su propia escritura quirográfica, pierde de vista las tecnologías que inevitablemente se ponen en juego en ese tipo de prácticas. Observa y denuncia, sin embargo, cierta artificialidad dañina implícita en las nuevas tecnologías y enfatiza el desarraigo que motivan los medios de comunicación de masas, los de transporte y las técnicas industriales.

Aquí cabe preguntarse en qué medida la posibilidad de viajar fuera del planeta resulta un hecho que promueve el desarraigo. O más bien: ¿por qué no sostener la misma opinión al hablar de técnicas de transporte más primitivas como un automóvil o, inclusive, una carro tirado por caballos? Estos últimos medios pueden ser interpretados razonablemente como tecnologías des-arraigantes para una comunidad sedentaria aislada de otras poblaciones y despreocupada por el conocimiento de otras culturas.

¿Hay derecho -partiendo de esa dicotomía entre lo natural y lo cultural, entre lo originario humano y lo técnico/artificial- a sostener la prioridad ‘natural’ de un modo de transporte por sobre otro? ¿Tiene sentido afirmar que el viaje en avión a 2000 km/h significa un desalejamiento técnico desquiciante comparado con el andar de una carreta o un automóvil? ¿No serían ya estos últimos desalejamientos profundamente “artificiales”, es decir, desalejamientos tecnológicos? Si esto último fuera cierto: ¿Por qué la condena recae exclusivamente sobre la última tecnología y no sobre otros procedimientos técnicos anteriores?

También es válido realizar este cuestionamiento a la posición heideggeriana con respecto a los distintos mecanismos de registro y transmisión de información desarrollados durante el siglo XX (teléfono, radio, máquina de escribir, televisión). Es indudable que las transmisiones de televisión modifican sustancialmente la espacialidad del Dasein, pero hay una diferencia

entre reconocer este fenómeno y añadir una valoración utilizando el criterio artificial/natural. Es evidente que Heidegger jamás hubiera utilizado una argumentación como la citada más atrás para condenar la práctica quirográfica de una carta. Simplemente habría ignorado el hecho de que la escritura *también* es una tecnología, sólo que cuenta con al menos 2800 años de edad –para decirlo en estilo nietzscheano, se trata de una moneda desgastada de la que se ha borrado su inscripción y ahora es considerada solamente como metal-.

Por otra parte, si bien es cierto que la observación del globo terráqueo desde un satélite altera profundamente nuestra concepción de lo observable –incluso del mismo lugar que habitamos- ¿no constituyen el telescopio y el microscopio –instrumentos que el propio Heidegger conoce- elementos susceptibles de recibir el mismo análisis? Flaubert decía: “Cuanto más se perfeccionen los telescopios, más estrellas habrá”. Lo que significa: muchos de nuestros instrumentos tecnológicos modifican de tal modo la percepción que es posible decir que ellos *amplían* el campo de lo observable, el campo de lo real. ¿Por qué, entonces, la “ampliación” que produce el telescopio no puede ser juzgada de manera tan negativa como la de un satélite o la filmación de la Tierra desde algún lugar distante?

En este sentido, Heidegger se hunde en la “ceguera” denunciada por Pierre Levy: “El colmo de la la ceguera se alcanza cuando se dice que las antiguas técnicas son declaradas culturales e impregnadas de valores, en tanto que las nuevas son denunciadas como bárbaras y contrarias a la vida. Como el que condena a la informática pero no pensaría jamás en criticar la imprenta y menos aún la escritura”<sup>6</sup>.

#### 4. Distopía y nostalgia

En fin, la metáfora del “desarraigo” –que adquiere tanto protagonismo dentro de los textos heideggerianos dedicados a la técnica- es oscura desde su nacimiento. Esta confusión se debe a que presupone una distinción difícil de justificar entre tecnologías más o menos “artificiales”-o bien entre tecnolo-

---

<sup>6</sup> LEVY, Pierre, “Siete tesis sobre tecnociencia”, disponible en Internet, <http://www.uned.es/tecnociencia/levy.htm>

gías más o menos “naturales”-. De algún modo, Heidegger no admite el carácter desdoblado, tecno-natural, de nuestro entorno.

De hecho, actualmente somos testigos de un creciente desconcierto en torno a la posibilidad de diferenciar entre *lo natural* y *lo técnico*. Tal vez hoy en día nuestra relación habitual con la técnica se asemeje a la situación de la famosa ‘*Carta robada*’ de E.A. Poe. Al tratar diariamente con ella, al tenerla presente en todo momento y lugar de la vida social, en esa cercanía, en tal inmediatez es donde se verifica su ausencia, o más bien, la falta de distancia para realizar una reflexión profunda acerca de su significado. Muchos teóricos postulan una “tecnonaturaleza”, es decir, formamos parte de una naturaleza *artificialmente construida*. Esta creciente tecnologización del entorno pone en discusión dicotomías que hasta hace poco tiempo eran tomadas como apodócticas, especialmente aquella referida a *lo natural* y *lo artificial*<sup>7</sup>. Tanto los grandes logros tecnocientíficos más publicitados como las acciones cotidianas más insignificantes se desarrollan actualmente en el marco resultante de esta dialéctica entre lo social y lo tecnológico.

Acceptemos o no este último argumento, lo cierto es que la misma pretensión de graduar la “artificialidad” de los elementos tecnológicos carece de consistencia interna y en consecuencia, no parece ser el criterio más adecuado para abordar el problema de la técnica. Esta observación, por supuesto, no rechaza de ningún modo la necesidad de vigilar reflexivamente las tecnologías, sus presupuestos y aplicaciones. Lo cierto es que toda crítica pierde pie si intenta apoyarse en criterios confusos o, simplemente, contradictorios.

Finalmente podríamos preguntar: ¿no aparece, en estos pasajes heideggerianos marginales, un curioso temple nostálgico, es decir, un sufrimiento motivado por el deseo incumplido de regresar a algún lugar o algún espacio perdido? Como pensador de una cierta distopía, Heidegger debe acudir al registro lapidario del “ya no”, de la pérdida, del duelo. De allí que desplie-

<sup>7</sup> Según Sanmartín, la historia del ser humano consiste en un “proceso creciente de desadaptación de la naturaleza y, a la vez, de adaptación al entorno tecnocultural que él mismo ha ido *construyendo sobre aquella*”. SANMARTÍN, José, “*La tecnología en la sociedad de fin de siglo*”, *TEOREMA. Revista Internacional de Filosofía*, vol. XVII / 3, 1998, Madrid: Tecnos.

gue, en algunos de sus textos, una serie de gestos retóricos de tono impactante en los que frecuentemente puede leerse cierta nostalgia por una condición tecnocultural previa que, a fin de cuentas, jamás es descripta con precisión –como si fuera un *puzzle* cuya forma original sólo resultara inferible a partir de negaciones-.